

CARTA SOBRE EL BACHILLERATO¹ 1873 (Publicada en 1941)

Sigmund Freud

Por la noche Viena, 16 de junio de 1873

Querido amigo: Si no temiese escribir la majadería más abyecta de nuestro siglo majadero, con toda razón podría exclamar: «¡El Bachillerato ha muerto; viva el Bachillerato!». Pero este chiste me gusta poco, tan poco que preferiría haber pasado ya también por el segundo bachillerato². Después del examen escrito, desperdiicé toda una semana preso de secretos remordimientos y de angustias, y sólo desde ayer estoy en camino de recuperar el tiempo perdido y de rellenar mil y una lagunas harto antiguas. Usted, por supuesto, nunca quiso escucharme cuando yo me acusaba de pereza, pero creo que hay algo de cierto en ello y, a fin de cuentas, soy yo quien mejor debe saberlo.

¹ Esta carta de Freud, la primera que se conoce de él, fue publicada en la revista *Internationale Zeitschrift für Psychoanalyse und Imago*, 26: 5-8, 1941, con la siguiente aclaración: «La Redacción publica esta carta de Freud escrita a los diecisiete años, que el destinatario ha puesto a disposición de su familia al cabo de más de sesenta años.» Cabe agregar que dicho destinatario es el amigo de la juventud de Freud, Emil Fluss. La familia Fluss mencionada en la Carta al burgomaestre de la ciudad de Pribor (1931) y, aunque sin nombrarla, en *Los recuerdos encubridores* (1899). En cuanto a las circunstancias de su amistad con el destinatario de esta carta, consúltese Siegfried Bernfeld: «Un fragmento autobiográfico desconocido escrito por Freud», *Revista de Psicoanálisis*, 8: 97-111, 1951, y Ernest Jones: *Sigmund Freud. Life and Work*, tomo I, págs. 27-28, Hogarth Press, Londres, 1953. Respecto de las circunstancias en las cuales Freud escribió esta carta, Ernest Jones nos informa en la citada biografía de Freud: «Cuando a la edad de diecisiete años aprobó sus exámenes de bachillerato con la distinción *summa cum laude*, su padre lo premió con el prometido viaje a Inglaterra, que se cumplió dos años después. A través de una carta escrita en esa época a un amigo, Emil Fluss, nos enteramos casualmente de algunos detalles que rodearon los exámenes. En la traducción del alemán al latín obtuvo la nota de 'suficiente'; en la del latín al alemán, consistente en un pasaje de Virgilio que ya había leído por el simple placer de leerlo; en la prueba de griego constituida por un pasaje de veintitrés [sic] versos del Edipo rey, de Sófocles (elección apropiada, por cierto), y en matemáticas, para gran sorpresa suya, sendos 'buenos'; en cuanto a la composición en alemán sobre el tema 'Consideraciones en la elección de una profesión', logró la calificación de 'sobresaliente'. El examinador le informó que tenía un estilo que el poeta Herder había denominado 'idiótico', es decir, un estilo correcto al mismo tiempo que distintivo. En broma a medias, comentábale a su amigo: '...usted no se sospechaba que ha estado carteándose con un estilista de la lengua alemana. Ahora, empero..., consérvelas, átelas, guárdelas bien, que nunca se sabe...' Desgraciadamente, sin embargo, sólo una de esas cartas se conservó. Cabe señalar que estos resultados del examen refiérense sólo a las pruebas escritas, puesto que la carta en cuestión fue escrita antes del examen oral que Freud debe de haber cumplido con particular éxito, si su hermana está en lo cierto cuando nos declara que lo aprobó *summa cum laude*.» En otro de sus estudios biográficos Siegfried Bernfeld cita asimismo el penúltimo párrafo de esta carta para ilustrar el afán de grandeza y la repugnancia de la mediocridad que animó las fantasías adolescentes de Freud («*Freud's scientific beginnings*», *American Imago*, 6: 163-196 [núm. 3], 1949; cita en págs. 163-164).

² Se refiere a las pruebas orales; véase la nota precedente.

Su curiosidad por tener noticias de mis exámenes habrá de darse por satisfecha con unas pocas sobras frías, pues llega demasiado tarde, concluida ya la comida y levantada la mesa. Desgraciadamente, ya no puedo ofrecerle una patética descripción de todas las esperanzas y vacilaciones del descontento y del júbilo, de las luces que repentinamente se le encienden a una y de los inexplicables golpes de la suerte que se comentan «entre colegas»: para todo eso, el examen escrito ha perdido ya demasiado del interés que tenía para mi. Quisiera escatimarle los resultados: se entiende que tuve ya suerte, ya desgracia; en ocasiones tan importantes, la benévola providencia y el maligno azar siempre meten baza. En suma, ya que no quiero, después de todo, dejarlo pendiente de algo tan trivial, le diré que en las cinco pruebas obtuve las calificaciones de sobresaliente, bueno, bueno, bueno, suficiente³. En cuanto a fastidioso, bien que lo fue. En latín nos dieron un pasaje de Virgilio que casualmente había leído, cierto tiempo atrás, por mi cuenta; eso me indujo a hacer el trabajo precipitadamente, en la mitad del tiempo prescrito, malográndome de tal modo el «distinguido». Así, otro sacó esta nota, y mi trabajo fue el segundo, con «bueno». La traducción del alemán al latín parecía muy fácil, pero en esa facilidad residía su dificultad: empleamos sólo la tercera parte del tiempo para hacerla, con la consecuencia de que fue un vergonzoso fracaso, o sea «suficiente». Otros dos examinandos alcanzaron sólo a «bueno». La prueba del griego, para la que dieron un pasaje de 3^a versos de Edipo rey, salió algo mejor: «bueno». También este pasaje lo había leído por mi cuenta, sin ocultar tal circunstancia. También el examen de matemáticas, que habíamos enfrentado temblando de pánico fue un éxito completo: anoté «bueno» porque todavía no conozco la calificación definitiva.

Por fin, asignaron un «sobresaliente» a mi prueba de alemán. Tratábase de un tema eminentemente moral -«Sobre las consideraciones en la elección de una profesión»-, y yo escribí más o menos lo mismo que dos semanas antes le había escrito a usted, sin que por ello me asignara un «sobresaliente». Mi profesor me dijo, al mismo tiempo -y es la primera persona que ha osado decirme tal cosa- que yo tendría eso que Herder tan elegantemente ha llamado «un estilo idiótico»⁵; es decir, un estilo que es al mismo tiempo correcto y característico. Quedé maravillado como corresponde por ese hecho increíble, y me apresuro a difundir a los cuatro vientos un suceso tan feliz, el primero que me ocurre en su especie. Se lo comunico a usted, por ejemplo, que seguramente no se sospechaba que ha estado carteándose con un estilista de la lengua alemana. Ahora, empero, se lo aconsejo como amigo -no como parte interesada-: ¡consérvelas, átelas, guárdelas bien, que nunca se sabe!... He aquí, mi querido amigo, las pruebas escritas de mi bachillerato. Deséeme usted metas más vastas, y éxitos más puros, y rivales más fuertes, y afanes más serios: ¡cuánto

³ He aplicado la escala de calificaciones corriente entre nosotros. En alemán dice, respectivamente: *ausgezeichnet, lobenswert, befriedigend*. (N.del T.)

⁴ Así en el original alemán. No atino a decidir si se trata de un error de imprenta o si Jones se equivocó en el pasaje reproducido en la nota original de esta carta. (N.del T.)

⁵ Como señala Jones (loc. cit.), la expresión está usada en sentido arcaico, denotando «personal», «particular», a semejanza de «idiomático». (N.del T.)

podría deseármese, sin que el resultado mejorara ni un ápice! Si el bachillerato fue fácil o difícil: no atino a decirlo en términos generales; admita usted que fue cómodo.

Estuve ya dos veces en la exposición. Hermoso, pero no me subyuga ni me maravilla. Mucho de lo que a otros debe gustarles, ante mis ojos no sale bien parado, pues no soy ni esto ni lo otro, ni soy, en realidad, nada muy a fondo. Así, sólo me cautivaron los objetos de arte y los efectos generales. No pude encontrar allí una vasta imagen coherente de la humana actividad como esas láminas pretenden representarla, tal como en un herbario tampoco alcanzaría a distinguir los rasgos de un paisaje. En suma, nada más que una exhibición de ese mundo espiritual, incauto e irreflexivo, que por otra parte también es el que acude a verla. Después de mi «martirierato» (así deformamos entre nosotros el «bachillerato») pienso ir allí día tras día. Es divertido y distrae. ¡Además, puede uno estarse allí tan maravillosamente solo, en medio del gentío!

Naturalmente, le escribo todo esto con pura intención aviesa, para recordarle cuán problemático es que usted llegue a ver estas maravillas y cuán dolorosa le resultará la partida, si llega a venir pronto, pues puedo identificarme perfectamente con su estado de ánimo. Dejar la hermosa comarca natal, los seres queridos, los bellos alrededores, esas ruinas en la más próxima cercanía: me detengo; sino, me pondría tan triste como usted. ¡Es usted quien mejor ha de saber lo que dejará tras sí! Apuesto a que no pondría ningún reparo si a su futuro jefe se le ocurriera arrancarle dentro de un mes a las felicidades de su tierra. ¡Ay Emil!: ¿porqué será usted un judío tan prosaico? En situaciones semejantes a la suya, más de un joven artesano de fervor cristiano-germánico se echaría a componer las más hermosas de las canciones.

En cuanto a mis «preocupaciones por el futuro», las toma usted demasiado a la ligera. Con sólo temer a la mediocridad, ya se está a salvo: he aquí el consuelo que usted me ofrece. Mas yo le pregunto: ¿A salvo de qué? ¿No se estará a salvo en la certeza de no ser un mediocre? ¿Qué importa lo que uno teme o deja de temer? ¿Acaso lo más importante no es que las cosas sean efectivamente como tememos que sean? Es evidente que también espíritus mucho más fuertes se han sentido presos de dudas acerca de sí mismos; pero ¿será por eso un espíritu fuerte todo aquel que ponga en duda sus propios méritos? Bien podría ser un pobre de espíritu, aunque al mismo tiempo fuese, por educación, por costumbre o quizá por el mero afán de atormentarse, un hombre sincero. No pretendo pedirle que desmenuce implacablemente sus sentimientos cada vez que se encuentre en alguna situación dudosa; pero si llegara a hacerlo, vería cuán poca certeza encuentra en usted mismo. Lo maravilloso del mundo reposa precisamente en esta multiplicidad de las posibilidades: lástima que sea un terreno tan poco sólido para conocernos a nosotros mismos. Si usted no alcanza a comprenderme -pues estoy reflexionando con una filosofía un tanto somnolienta-, no haga caso alguno de mis pensamientos. Desgraciadamente, no pude escribirle de día; dentro de veintitrés días llegará por fin ese día, el más largo de los días, ese día en el cual..., etcétera. Dado que en este breve tiempo debo meterme dentro la sabiduría a paladas, no me queda la menor esperanza de poder escribir cartas inteligibles.

Me consuelo pensando que, a fin de cuentas, no se las escribo a un entendimiento común, y me despido de usted con toda clase de esperanzas.

Suyo, Sigmund Freud.